

Misión y obra franciscana en la Colonia

ARTEMIO LÓPEZ QUIROZ

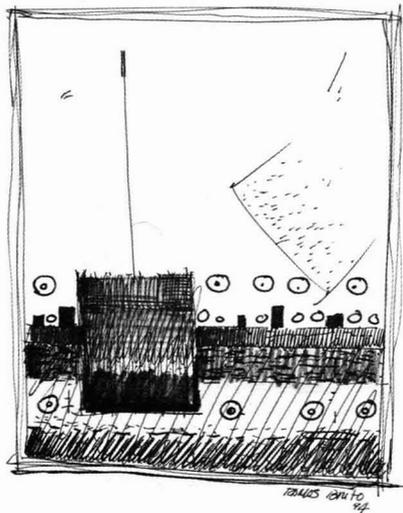
Y porque en los años han obrado los santos religiosos de nuestra Orden en la conversión de los gentiles de muchas cosas dignas de memoria, os mandamos también por la presente, que de todo cuanto podáis saber acerca de ello, hagáis una historia en lengua española y nos la enviéis en primera ocasión, para lo cual os concedemos el tiempo y lugar necesario,

decía la carta (fecha en Roma el 26 de junio de 1571) del padre general de la religión franciscana, fray Cristóbal de Capitefontium, dirigida a fray Jerónimo de Mendieta (1534-1604).

Como sabemos, la orden franciscana —también conocida como de “frailes menores”— fue uno de los brazos de que se sirvió la empresa evangelizadora del Nuevo Mundo; esta organización, de “pobres perfectos”, a decir de fray Jerónimo, dio maternal cobijo a ese religioso, autor de la *Historia eclesiástica indiana*, de la que Juan B. Iguñiz seleccionó algunas partes que publicó originalmente en 1945. Esta selección, con prólogo del mismo Iguñiz, fue nuevamente impresa en 1994; ahora, con el título de *Vidas franciscanas*, dentro de nuestra Biblioteca del Estudiante Universitario (núm. 52).

Fundada por san Francisco de Asís, santo muy popular en la Italia del siglo XIII, uno de cuyos ideales fue la pobreza evangélica, además de la práctica de la mendicidad, la orden franciscana¹ se distinguió por su celo en la predicación y, ya en tierras americanas, por su repudio a las leyes que destruían la integridad y la cultura de los antiguos mexicanos. El proceso de adaptación del cristianismo en un territorio donde había una religión politeísta —que, aparentemente, presentaba muchas

similitudes con aquél (la semejanza entre la diosa Tonantzin y la virgen de Guadalupe, de gran arraigo durante el Virreinato y aún en nuestros días; entre la Eucaristía y aquellos dioses contruidos a base de semillas, etcétera)— fue lento pero, desde sus inicios, muy efectivo.² Las primeras órdenes en arribar a México (franciscanos, dominicos y agustinos) se vieron involucradas en una empresa que, bien visto, las utilizó con fines imperialistas; no obstante, muchas veces lograron sobreponer la amorosa ter-



nura al interés material. Jerónimo de Mendieta nos cuenta en su *Historia eclesiástica indiana*, la vida de algunos de estos varones ejemplares, que supieron transplantar la cultura europea y fundirla con elementos culturales propios de varias etnias para formar una nueva entidad social: la Nueva España.

En efecto, estos “apostólicos obreros” lograron consolidar en tierras novohispanas una doctrina sorprendentemente sólida, si tomamos en cuenta el total desco-

nocimiento de los indígenas respecto de la religión occidental. Acompañantes de los conquistadores y, algunas veces, confundidos con el brazo armado,³ los franciscanos y, en general, el clero regular lograron una enorme influencia sobre la sociedad novohispana y se inmiscuyeron en la toma de decisiones que habrían de marcar el rumbo de la Colonia. Recordemos, por ejemplo, la polémica surgida en torno a la posesión de encomiendas y esclavos indios, a la cual los franciscanos se opusieron fervientemente, con aquel amoroso paternalismo que los distinguió. Tal era su importancia que los españoles que pretendían recuperar las concesiones que habían obtenido sobre las tierras y sus habitantes, en encomiendas y repartimientos,

para autorizar más su petición y justificar las causas, solicitaron a los religiosos de las tres órdenes que les diesen para ellos su firma y parecer, porque sabían muy a la clara que sin ellas, el católico emperador, no había de condescender con ellos.

Pero además de reprobar las injusticias y abusos cometidos por los conquistadores, los padres misioneros actuaron, incluso, en contra de los intereses españoles. Fray Juan de Zumárraga, entre otros, “suplicó” a las autoridades peninsulares que

a los indios esclavos se diese libertad, por el inicuo abuso que acerca de esto pasaba, pues los que los tenían, era con mal título y contra conciencia. Y lo mismo escribieron otros graves religiosos de aquel tiempo, y lo solicitaba en corte el obispo de Chiapas, don fray Bartolomé de las Casas.

Más que la indignación a causa de la injusta explotación de los naturales, los franciscanos reclamaban la consecución de un objetivo religioso. No fue para ellos lo mismo el castigo corporal dedicado al incremento de riqueza criolla, que este mismo castigo aplicado por no seguir los preceptos católicos.

³ Tan es así que uno de los primeros religiosos, fray Jacinto de San Francisco, “fue conquistador de esta Nueva España en compañía del marqués del Valle don Hernando Cortés”. Distinguido buscador de riquezas y honra personal, recibió el llamado del Señor y se convirtió, integrándose a la orden franciscana y renunciando a los honores que dan las armas, entre los cuales destaca el haber sido un “conquistador”.

¹ V. De La Brosse, et al., *Diccionario del cristianismo*, Herder, Barcelona, 1986, p. 319. La orden constituyó como tal hacia los años de 1208-1209.

² El padre Motolinía decía haber bautizado, “por cuenta que tuvo en escrito”, más de cuatrocientos mil indios, “sin los que se le podrían olvidar”.

Inmersos en una ideología cuyas características oscilaban entre la bondad al prójimo y el sacrificio carnal en "imitación de Cristo", los frailes misioneros se dejaron llevar por una pasión de conquista espiritual y utilizaron diversos métodos para lograr nuevas conversiones.

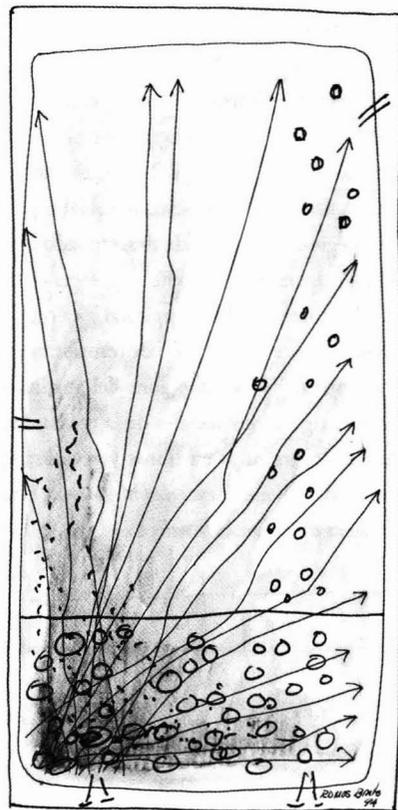
Al tiempo de tomar las culpas de sus hermanos —dice el padre Mendieta de fray Martín de Valencia—, él decía primero las suyas, y se visitaba y tenía a sí mismo capítulo, poniéndose de rodillas en medio del coro, y reprendiéndose de sus propios defectos, se desnudaba el hábito y hacía allí en presencia de todos una disciplina, y besaba los pies a los frailes.

Una doctrina ejemplar, pues, según este celo misionero, "los indios... más hacen lo que ven que lo que oyen". Si la flagelación fue una de las muchas facetas de Cristo, ¿por qué no enseñar la religión a gentiles por medio del sacrificio y la sugestión interior, como lo hizo fray Martín de Valencia, a modo de ejemplo en el que misionero y converso formarían parte de un evangelio indiano?

Ante el descubrimiento de nuevas tierras, además de poder ofrecer "más... gloria y honra a Dios y edificación a las almas", los misioneros vislumbraron una oportunidad única para dar rienda suelta a sus sueños de martirio en manos de seres extraviados, cuyas almas habían sido gobernadas hasta entonces por demonios. Unos —entre los que destaca el padre Valencia, quien a su llegada recibió la promesa celestial de que habría de "morir en el campo y no en la cama"—, se sintieron defraudados en la hora postrera pues morían sin derramar una sola gota de sangre por su Señor, como según ellos les había sido profetizado. Otros, como fray Luis de Fuensalida, tuvieron que conformarse con permanecer en la Nueva España sin el menor asomo de sufrimiento. A su llegada, este varón recibió el obispado de Michoacán; ante la imposibilidad de servir a Dios como sus ardientes afectos se lo demandaban, "llegando la nueva a esta tierra cómo la Goleta era tomada por los infieles, le vino deseo de pasar a África a predicar a los moros y padecer martirio por Jesucristo". Para su desgracia, fray Pedro de Alcántara, provincial de San Gabriel, le revocó la licencia que había conseguido en España para tal fin, y aquél tuvo que regresar decepcionado: "Nuestro Señor determinaba de él otra cosa." Se resignó a morir "bienaventura-

damente" en la isla de San Germán; sin embargo, "puesto que no pasó de esta vida por cuchillo de persecución —dice el padre Mendieta—, no por eso perdió la palma y la corona del martirio", que tanto deseó.

Tierra concebida por ellos en el ámbito de lo extraño y, casi, de lo fantástico ("Aprendemos la teología que de todo punto ignoró San Agustín", decía fray Juan de Tecto), América dio oportunidad a los misioneros para consolidar, con "muy tierno y singular amor a los indios naturales", nuevas instituciones religiosas y educativas. Fray Pedro de Gante, por ejemplo, "fue el primero que en esta Nueva España enseñó a



leer y escribir"; fundó una escuela para "los hijos de los señores de toda la tierra", en la que posteriormente se enseñó pintura. Fray García de Cisneros instituyó el Colegio de Santiago Tlatelolco con el consentimiento de los célebres varones Antonio de Mendoza, primer virrey de la Nueva España, y fray Juan de Zumárraga, primer arzobispo de México. Recordemos que en aquel Colegio trabajaron lectores como fray Arnaldo de Bassacio, fray Juan de Gaona, fray Bernardino de Sahagún y fray Andrés de Olmos, autor de *Vocabulario* y de *Arte de la lengua mexicana*, y conocido también por haber aplacado a "los monstruos bravos

de los chichimecas". De fray Bernardino de Sahagún poco se puede añadir pues ha sido considerado como uno de los más grandes preceptores del indigenismo, a la vez que el más comentado. "Muy macizo cristiano", Sahagún conoció a la perfección la lengua mexicana ("que es de maravilloso artificio") y se preocupó por salvaguardar la cultura indígena.

Sesenta y un años... vivió en esta tierra. Particularmente se ocupó la mayor parte de ellos en ausentar y mejorar (como mejoró y adornó) el colegio de Santa Cruz, que está pegado al convento de Tlatelolco en México, donde sin descansar un día trabajó hasta la muerte en la instrucción y doctrina de los niños hijos de los principales indios que allí concurren de toda la tierra a enseñarse más perfectamente a leer y escribir, y a saber latinidad y medicina, según su menester, y cosas de policía y buenas costumbres.

Doctos unos, pero más legos que doctos la mayoría, los franciscanos iniciaron su misioneril empresa con los riesgos que supone la aventura. Todos ellos tuvieron el único fin de salvar el mayor número de almas, perdidas en la "idolatría" en ese momento, y de contribuir, así, al incremento del esplendor peninsular. Conquistadores espirituales⁴ (los jesuitas serían reconquistadores años más tarde), los franciscanos realizaron tantas actividades humanísticas cuanto vano sería el intento de resumirlas en tan breves líneas. Igúñiz selecciona treinta y ocho biografías incluidas en la *Historia eclesiástica indiana* de fray Jerónimo de Mendieta, que pueden dar una mayor y mejor idea al lector, preocupado por su pasado histórico, sobre aquellos hombres que matizaron con sus actividades la vida cotidiana, política y religiosa de la sociedad novohispana y ayudaron a marcar el rumbo de nuestra cultura. ♦

⁴ Cfr. Robert Ricard, *La conquista espiritual de México*, FCE, México, 1992, 491 pp.

Fray Jerónimo de Mendieta: *Vidas franciscanas*, prólogo y selección de Juan B. Igúñiz, (Biblioteca del Estudiante Universitario, núm. 52), Coordinación de Humanidades-UNAM, México, 1994. 196 pp.